

Nuestra Renovación Cultural en el Siglo XVIII.



“La Ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro”.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

Kant.

(¿Qué es la Ilustración?)

La segunda mitad del siglo XVIII hace patente una lenta pero segura renovación en el virreinato del Perú. Este cambio se encuentra en directa subordinación con el movimiento racionalista europeo que culmina en la llamada época de la Ilustración. Goetz ha interpretado históricamente este acontecimiento objetivo-espiritual: “La Ilustración, ese movimiento racionalista, empirista y libertador, que se desenvuelve desde mediados del siglo XVIII y que en sus últimas raíces llega a la época de la Reforma y del Renacimiento, es la fuerza espiritual que conjura en su círculo a todo lo demás. Su influencia no podría ser tan

amplia si no encarnase un nuevo grado de la evolución de la cultura occidental; grado que es más que un nuevo cambio de generaciones con sus progresos y reacciones. Dentro de la Historia occidental la Ilustración produce uno de los progresos más importantes de toda vida; progreso que no se menoscaba por la indicación de sus defectos. La Ilustración no sólo confiere el predominio a la razón y a la ciencia frente a todas las demás autoridades tradicionales y sagradas, sino que también actúa enérgicamente en toda la vida de la sociedad y del Estado. La igual justificación de todos los hombres en sentido político y social se convierte en ley del futuro. La igualdad cristiana de todos los hombres ante Dios se amplifica en la igualdad ante el Estado y la sociedad. Desde luego esta igualdad empieza siendo en gran parte teórica; sólo en el transcurso del siglo XIX se asienta sobre sus principios la vida política de los pueblos, y aun allende Europa, en todos los Estados del Mundo”.

“Esta evolución está hondamente arraigada en la cultura occidental. La Ilustración es el resultado de la cultura burguesa, que nació en la Edad Media espirante y destronó a la cultura eclesiástica. En el momento en que este mundo espiritual de la burguesía se desenvuelve plenamente y llega a proclamar como únicas normas las leyes de la razón, adquiridas por la experiencia, tuvieron que romperse y desaparecer todos los vínculos y todas las instituciones que seguían basándose en aquella vida espiritual del pasado. El absolutismo, la soberanía por la gracia de Dios, los privilegios de la Iglesia y de la nobleza, la estricta separación de las clases, tuvieron que ceder, cuando la investigación científica al penetrar en la realidad de los procesos históricos las privó de todo fundamento, y cuando los inataca-

bles resultados de esa investigación dieron impulso ascensional a una capa social que hasta entonces no había tenido sino una participación modesta en la determinación de su propio destino". Hasta aquí, Goetz.

Cassirer mirando desde la perspectiva filosófica, no tanto en extensión sino más bien en profundidad, no propiamente en la totalidad de sus manifestaciones históricas y de sus consecuencias sino en la "unidad de su raíz intelectual y de su principio determinante", apunta hacia esa peculiar movilidad interior de la Ilustración, tan cargada de dramáticas resonancias. Lo que esta época presenta como su atractivo individual es la "energía y la pasión intelectuales que la impelen y van anidando en cada uno de sus problemas". La facultad de pensar es considerada no solamente como contemplativa sino también como activa; se contenta con lo que mundo *es*, hasta donde puede transformarlo. Y en esta actividad creadora prueba apodícticamente su autenticidad. (Este sería el meollo de aquel lapso cultural que trabajosamente nos llegaba a través de la península, o por vías idénticas a las que recorría el comercio ilícito).

«Jorge Puccinelli Converso»

En España la época de la Ilustración se hace relativamente ostensible durante el reinado de Carlos III. La educación tanto superior como secundaria y primaria sufría una saludable transformación.

La educación Superior estaba representada por las Universidades y los Colegios mayores. Las Universidades eran el blanco de las críticas más acerbadas. No solamente estaban descuidados los estudios de las Ciencias físicas y naturales, sino que la misma Teología y la Filosofía se

daban en forma deficiente. El Consejo del Rey trató de tomar parte en la reforma de las Universidades, por los años de 1770. Algunas, como la de Valencia, cooperaron; mientras otras, como la de Salamanca, opusieron una tenaz resistencia inicial. En los Colegios mayores el movimiento reformista fomentaba la inclinación de los alumnos al estudio de las disciplinas científicas, otorgando preferente ayuda a los jóvenes de escasos recursos y especiales condiciones para las tareas intelectuales, según el olvidado designio primitivo de tales instituciones. Como entidades autónomas se creaban Colegios de Medicina, Veterinaria, Academias, Escuelas de Ingeniería, el Jardín Botánico y otros establecimientos análogos.

La educación Secundaria estaba encaminada a la enseñanza de los jóvenes de familias distinguidas. Felipe V creó el Real Seminario de nobles. Carlos III daba especial protección a esta clase de centros. La figura de Jovellanos, por ejemplo, se destaca en el Instituto asturiano, donde trató de impartir una preparación simultánea en las ciencias espirituales y en las naturales.

Por último, la educación Primaria mereció el apoyo real desde 1743. Los Maestros primarios obtuvieron las prerrogativas concedidas a los otros profesores. Y en diciembre de 1780, se erigió el Colegio Académico del noble arte de Primeras Letras, para fomentar la educación de los niños, tomando más tarde el nombre de Academia de la enseñanza primaria. En el nuevo Colegio Académico dábanse directivas acerca de la correcta ubicación de los nuevos locales, materias de enseñanza y lo concerniente a textos.

Las corrientes externas representadas por la escuela crítica y sensualista, chocaron con el escolasticismo y la mística interiores. Los representantes de la mística se ex-

tinguen, y los de la escolástica se estancan. Y surgen personajes eclécticos, que tratan de conciliar el peripato con los métodos de la ciencia experimental. Como representante de esta tendencia mixta, puede señalarse a don Antonio Xavier Pérez y López, nacido en 1736, autor de "Principios del orden esencial de la naturaleza" (1785), obra en que tratando de atacar el caos subjetivo de la razón individual intenta fundamentarla "en el Ser absoluto e infinito donde coexisten con la Verdad absoluta todas las verdades subjetivas, sólo justificables en la Unidad Suprema del Ser y del Conocer". Paralelamente, desarróllase una tendencia practicista, cuyo representante típico es don Gaspar Melchor de Jovellanos, nacido en Gijón el año de 1744. Y en general, explícita o implícitamente, flota un ideal enciclopedista de la cultura y una marcada tendencia pragmática.

Como natural reacción a los estudios predominantemente especulativas, surge una época orientada hacia los estudios de las ciencias experimentales. Entonces comienzan a mostrarse hombres que cultivan la Botánica, la Zoología, la Geología, la Física, la Química, la Medicina, la Geografía, las Matemáticas. En la Jurisprudencia ganan terreno las doctrinas hispanistas —que abogan por el predominio del Rey en el gobierno de la Iglesia española, sin desconocer la superior autoridad del Papa. En el campo de la vida económica aparece el Filantropismo o sea aquella tendencia favorable a la implantación de reformas sociales en favor de las clases pobres. Por último, la Filología y la Historia descriptiva y crítica tienen cultores de valía. Y aunque en las bellas artes nótase una aplastante influencia extranjera, aparece un artista cuya obra irradia al exterior: el egregio pintor aragonés don Francisco José Goya y Lu-

cientes. Como se vé, el movimiento europeo de la Ilustración produce de inmediato una pugna entre los tradicionalistas y los partidarios de lo nuevo, lapso en que logra afincar en España una nueva actitud que desemboca en el siglo XIX.

En América las nuevas doctrinas penetraban, pese a las vallas oficiales o a la atentísima vigilancia de la Santa Inquisición. Unas veces, con las mercancías de contrabando; otras, mediante el permiso otorgado a personajes poderosos con tendencias liberales, en cuyo número es ejemplar clásico, el integérrimo padre don Diego de Cisneros; o con las expediciones científicas o con los peruanos que volvían de Europa.

El ambiente cultural de la capital del virreynato del Perú, correspondiente al siglo XVII y XVIII, ha sido mostrado en lo principal por José de la Riva Agüero: "El apogeo de la antigua Lima fué el siglo XVII. Desde principios del siglo XVIII la incorporación de las encomiendas en la corona empobreció a la nobleza, y los permisos de comercio y el contrabando por Buenos Aires arruinaron el monopolio de los mercaderes. Pero bajo la dinastía de Austria, Lima, en medio de la general decadencia de la monarquía española, creció opulenta y magnífica, enriquecida por las minas y los obrajes de la Sierra, y por el retorno de las armadas de Tierra Firme cuyos efectos se distribuían desde sola nuestra ciudad a casi toda Sudamérica. Con la riqueza vinieron, como suelen, el lujo, la cultura y el refinamiento de las costumbres; —refinamiento *colonial*, infantil, vano y vacío, pero innegable. A pesar de su monotonía de en-

10

claustrada —encerrada por tantas barreras naturales y políticas— la vida de los tiempos de los reyes austriacos y de Felipe V no carece de elementos pintorescos. Con sus fastuosos virreyes, su turba de pretendientes y palaciegos, sus frailes analistas, sus letrados, panegiristas y retóricos, Lima era como una nueva Bizancio; —una Bizancio pálida y quieta, sin herejías ni revoluciones militares.

“Al lado del mundo conventual... brillaba el mundo oficial y gubernativo, el ceremonioso y lúcido séquito del Virrey, de la Audiencia y de los diversos tribunales; y puede decirse que como lazo de unión entre ambos, como esfera en que se unían la grave erudición del uno a la hinchada pompa del otro, figura el mundo universitario, el de los catedráticos y doctores de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos, semieclesiástica y semicortesana”.

“Nació la Universidad al amparo del monasterio de Santo Domingo. Por más de veinte años funcionó en él, y tuvo como primeros rectores y maestros a sus priores y frailes. Aun después de secularizada, los Dominicos conservaron en ella numerosos privilegios. Todas las órdenes religiosas poseían cátedras especiales. De los tres colegios reales anexos a la Universidad, el Mayor de San Felipe, el de San Martín y el de Santo Toribio, el segundo corría a cargo de los Jesuitas, y el tercero era y continúa siendo el seminario diocesano; y se consideraban como colegios menores los particulares de las religiones, como el de Santo Tomás de la dominicana, el de San Ildefonso de la agustina, el de San Pedro Nolasco de la mercenaria, el Máximo de San Pablo de los Jesuitas, el de San Buenaventura de los Franciscanos. Los regulares no podían ser elegidos rectores; pero en cambio era tanta la importancia de los clérigos, que se estableció la alternativa en el rectorado

entre ellos y los legos, debiendo ser sacerdote el rector de un año y seglar el del siguiente, con el objeto de que el clero no monopolizara el cargo. La facultad principal y mejor dotada de cátedras era naturalmente la de Teología. Venían después, iguales en el aprecio, la de Cánones y la de Leyes. Las menos atendidas fueron las de Medicina y Matemáticas”.

“Pero a la vez que institución eminentemente religiosa, baluarte de la Teología, palestra del escolasticismo, foco de los estudios de Derecho Canónico y Derecho Romano en toda la América del Sur, la Universidad, por la frecuencia de sus certámenes poéticos, recibimientos y fiestas, venía a ser como la academia literaria oficial de la corte de los virreyes. No era, por cierto, Lima una ciudad predominantemente universitaria (como lo fué Córdoba en el Río de la Plata), un lejano y tranquilo refugio del saber y de la meditación; era una verdadera y brillante capital (en proporción a América, se entiende), el centro político y administrativo y el rico emporio de las posesiones meridionales de España. Estas condiciones tenían que influir en la Universidad, e imprimirle decidido carácter mundano, cortesano, palatino. Por la acción del ambiente, por imitación, afición, y conveniencia, se dedicó a halagar el gusto y lisonjear la vanidad de las autoridades y la aristocracia. En el personal universitario, desde los más estirados catedráticos y los más rumbosos doctores (pretendientes, casi siempre desahuciados, a una toga o a una mitra) hasta los famélicos *bachilleres de pupilos* y la muchedumbre de 1500 estudiantes que poblaban los claustros en los más florecientes días, pocos eran los que no deseaban y necesitaban atraer con el alarde de sus talentos y conquistar con la novedad de

sus elogios la atención y benevolencia del Virrey, de los oidores, de los altos empleados y hasta de los particulares distinguidos. De allí esos famosos *recibimientos* a virreyes y arzobispos; torneos de pervertido ingenio, de monstruosa literatura, de extraordinario acatamiento, y de alabanzas inverosímiles que serían degradantes e infames si no provinieran en gran parte, como en efecto provienen, de extravío del criterio y puerilidad de los sentimientos, más que de abatimiento de la voluntad. De allí que la retórica imperara en todas las plumas con señorío tiránico; y que la mala planta del culteranismo, sembrada en tan adecuado terreno, se desarrollara prodigiosamente, ocultara con su vegetación gigante los espacios naturales de las cosas, e invadiera las más severas disciplinas, las más austeras enseñanzas y los más elevados y devotos temas, del propio modo que en los altares de aquel tiempo las columnas y cornisas dislocadas, los adornos de espejería, las cornucopias y los racimos dorados parecen encubrir y disfrazar la santidad de las imágenes”.

“Contribuían eficazmente a propagar el estilo encrespado y campanudo y la extrema hinchazón literaria, las aparatosas costumbres de los limeños de entonces. La capital vivía en continua fiesta; y sus habitantes, como es fama que le dijo cierto virrey al monarca, no hacían sino *repicar campanas y tirar cohetes*. Cualquier suceso daba motivo para ruidosas y ostentosas ceremonias seculares y de iglesia, besamanos, procesiones, desfiles, cabalgatas, comparsas, iluminaciones y corridas de toros. En las grandes ocasiones, como proclamación o exequias de los reyes, celebración de victorias, nacimientos y casamientos de los príncipes, entradas públicas o defunciones de los virreyes

y de los arzobispos, canonizaciones de los santos y autos de fé, Lima entera tomaba parte en las solemnidades; y por las calles repletas de gentío, bajo los balcones henchidos de mujeres deslumbradoras por los encajes, los diamantes y las perlas, pasaban en vistosa formación las compañías de milicias y sus alegres músicas, las lujosas guardias de a caballo y de alabarderos del Virrey uniformados de rojo y azul, los timbaleros y clarineros de la ciudad con ropones carmesíes guarnecidos de franjas plateadas, las comunidades religiosas con sus hábitos de varios colores, los estudiantes de los tres colegios con hopas y becas azules, verdes, rojas y pardas, el claustro universitario con mucetas y borlas, el grave cortejo de los tribunales y la Audiencia en caballos enjaezados de gualdrapas negras, los alcaldes y regidores del Cabildo vestidos de escarlata, el cuerpo de la nobleza con sus lacayos de diversas libreas, los gentiles hombres de lanza y las carrozas de gala. Los literatos más renombrados se disputaban luego el honor de perpetuar por escrito el recuerdo de estas magnificencias cortesanas; y los complicados arabescos de estilo, los recamos, pedrerías y churriguerismos de la frase, las metáforas coruscantes, y las artificiosas y sonoras cláusulas de las descripciones impresas, debían superar el boato y esplendor de las mismas fiestas que rememoraban”.

“Entre este cúmulo de ceremonias y funciones, no eran las menores las de la Universidad de San Marcos. Siguiendo en todos los usos de las grandes universidades de España, rodeada de extraordinaria pompa los grados doctorales. El graduando, que ya había pasado los rigurosos exámenes de la licenciatura, adornaba la puerta de su casa con el escudo de sus armas propias bajo dosel, y salía la vispe-

ra del acto a recorrer la ciudad con música de atabales, trompetas y chirimías, precedido del estandarte y las mazas de la real escuela, y de lacayos y pajes de librea, y seguido del Rector y todos los maestros y doctores con sus ropas doctorales e insignias y de mucho acompañamiento de gentes a caballo. El día del grado, la comitiva se dirigía desde la casa del doctorando a la Catedral. En la capilla de la Virgen de la Antigua, adornada para el efecto de tapices, colgaduras, alfombras, fuentes de plata y escudos de armas, se erigía un tablado sobre el cual tomaban asiento el Rector y los doctores, y enfrente una cátedra muy bien decorada. A ella subía el padrino y proponía en latín una cuestión al graduando; y éste entonces, de pié en medio del concurso, la explicaba en el mismo idioma. Venía luego la parte bufa de tan seria función: el *vejamen* o discurso burlesco, dicho por un estudiante. Enseguida el graduando pronunciaba de rodillas los juramentos de profesión de la Fé Católica según el Concilio de Trento, misterio de la Inmaculada Concepción, y fidelidad y obediencia al Rey de España, a su representante el Virrey, al Rector, y a las constituciones y ordenanzas universitarias. Hecho lo cual el canónigo maestre-escuela, que era el Canciller de la Universidad, le concedía el grado, y el padrino le daba el ósculo de paz, le ponía un anillo y le daba un libro, símbolos de la ciencia, y le ceñía una espada y le calzaba espuelas de oro como en la profesión de las órdenes militares de caballería (estas dos últimas insignias no se imponían a los teólogos). El nuevo doctor abrazaba al Rector y a todos los del claustro, y se sentaba a la derecha de aquel. Se repartían guantes a los asistentes. La procesión regresaba a casa del ya doctorando, que ofrecía un gran banquete; y después, en la misma tarde, volvía en orden a la Plaza de Armas para

presenciar la lidia de toros, que era obligatorio costear como fin del regocijo”.

“Pero el acontecimiento más celebrado y suntuoso de la existencia universitaria era el *recibimiento* especial consagrado a los virreyes, algún tiempo después de la toma de posesión del mando y entrada pública en la ciudad. En aquel día honraba Su Excelencia a la Universidad con su persona y su numeroso acompañamiento oficial, oía el rendido elogio académico de sus propias grandezas y virtudes, y distribuía los premios del certamen poético que en loor suyo se celebraba; y los doctores arrojaban a sus pies en profusión incomparable las más peregrinas flores del gongorismo, los más alquitarados y sutiles conceptos, las más excesivas alabanzas, y las más abultadas expresiones de respeto y admiración. Advierte muy bien cierto crítico que en este descomunal concierto laudatorio había de ordinario más afectación retórica que adulación interesada, y más cortesanía que servilismo. La lealtad monárquica, la veneración al principio de autoridad se satisfacían con los homenajes rendidos al representante del Rey; y los archicultos panegiristas y versificadores exageraban la nota y exornaban y recargaban el tema con la serena alegría de quien cumple un sagrado deber y el fervor de quien se entrega a un brillante ejercicio literario. Sin embargo, había de todo y ese prolongado e intenso cultivo del arte de la sumisión y de la lisonja, tenía a la postre que estragar el entendimiento y enervar la dignidad”.

“En esta Lima tan frívola y ceremoniosa, en esta universidad tan cortesana y hueca, existían, no obstante, apli-

cación al estudio y vivo amor a la ciencia; —ciencia palabre-
ra y de relumbrón, erudición indigesta y ostentativa, pero
ciencia y erudición al fin y al cabo. Venciendo los obstáculos
que oponían el aislamiento y el atraso intelectual, y desinte-
resadamente, sin esperanza de premios, los criollos se empe-
ñaban en vastas lecturas, escribían obras defectuosas pero a
veces de largo aliento, se ensayaban en los diferentes ramos
de la literatura, y aun se aventuraban a tentativas históricas
y científicas”. Hasta aquí, de la Riva Agüero.

Siguiendo la interpretación lúdica de Huizinga, puede
afirmarse que al comenzar la segunda mitad del siglo XVIII
luchan un antiguo y fortísimo elemento lúdico, de juego, y
una nueva tendencia *seria*, llena de dramática urgencia por
resolver problemas cotidianos individuales y sociales, cuya
predominante insatisfacción atacaba legítimas aspiraciones
de una armoniosa integridad óptica —querida muchas veces
en oscura mescolanza con apetitos secundarios, que le resta-
ban claridad sin quitarle rango.

Y es en este mundo histórico donde se hace presente
una joven tendencia crítico-filosófica, un marcado interés
por las ciencias experimentales y un sentido nuevo de la so-
ciedad, merced a las obras de Bacon, Descartes, Gassendí,
Locke, Newton, Rousseau y otros no menos importantes.
Francisco Bacon (1561-1626) critica a toda la Ciencia de
su época y señala un nuevo método: el de la Inducción, que
no es unilateral, sino que busca combinar la observación
sensible con el intelecto, manera única de poder investigar
la realidad. Y para la efectiva realización del método induc-
tivo, aconseja, como conditio sine qua non, liberarse de los
ídolos o errores de enjuiciamiento cuando nos dejamos do-
minar por los prejuicios. Renato Descartes (1596-1650)
sacude el tradicional sentido de autoridad o los artificiosos

razonamientos probabilísticos, poniendo la afirmación de que solamente debe admitirse lo que sea evidente de manera clara y distinta. Los obstáculos que se oponen al conocimiento pueden ser vencidos mediante una ininterrumpida acción metódica. Marchando de lo simple a lo complejo: dividiremos el problema propuesto en un exacto número de partes, analizaremos exhaustivamente cada una de ellas, y finalmente un recuento verificará si hemos estudiado la totalidad de las partes comprendidas en la cuestión inicial. A pesar de sus concesiones teológicas, Pedro Gassendi (1592-1655) hace penetrar la concepción atomista: todos los cambios físicos pueden ser explicados satisfactoriamente mediante la infinita variedad de combinaciones que se realizan entre los átomos, y son estos movimientos atómicos las verdaderas causas de los innumerables procesos naturales. Frente al innatismo opone Juan Locke (1632-1704) la afirmación de que el alma es primitivamente una hoja en blanco sobre la cual escribe febrilmente la experiencia, no siendo las ideas sino experiencias generales. Y contra la intolerancia y el absolutismo imperantes, entuncia Locke sus doctrinas de libertad y tolerancia, que constituyen el fondo de todo el movimiento del *siglo de las luces*. La tendencia superficial de *explicar* las causas primeras de los fenómenos usando hipótesis más o menos ingeniosas, es combatida por Isaac Newton (1642-1727), preconizando que las *leyes* deben ser inferidas de las relaciones constantes entre los fenómenos. Y, por último Juan Jacobo Rousseau (1712-1778), para quién la autoridad del Rey no es de origen divino sino humano. Un *contrato* primitivo otorgaba el gobernante la suficiente autoridad para evitar que el caos devorase a los individuos, surgiendo el orden social. Además,

es necesario mencionar a Juan Teófilo Heinecio (1681-1741) que "por su significado divulgador, hay que citarlo en lugar principal en la historia de las influencias ideológicas, sobre todo en América". Y así sucesivamente. Como necesaria consecuencia, iba produciéndose un despertar en las conciencias, pocas pero cualitativamente valiosas (sobre todo entre los Criollos, dado que la cultura era prerrogativa de las clases superiores), que extendían su campo con paulatina seguridad.

A lo largo del siglo XVIII aparecen en el Perú figuras aisladas, con una tendencia hacia el estudio de las ciencias experimentales y, en general, dueñas de un deseo enciclopédico de saber. Sus principales representantes formarán parte de la Sociedad de Amantes del País (a semejanza de las Sociedades Económicas de Amantes del País, creadas en España al comenzar la segunda mitad del siglo XVIII), teniendo como órgano al "Mercurio Peruano". Este predominio intelectual variará en favor de la actividad política entre los hombres de la generación nacida en el último cuarto de siglo, y cuya acción pertenece por entero a la centuria posterior.

Desde el siglo XVII desemboca la figura, increíble en sus dimensiones y en su desgarbo, del limeño don Pedro Peralta Barnuevo Rocha y Benavides. Cultor de todos los saberes, poligloto, poeta, y dramaturgo, consejero de Virreyes, influye en los hombres de su época y en las generaciones siguientes, siendo el más acabado exponente de la cultura de su tiempo. La actividad científica tiene un representante en el limeño don José Eusebio Llano Zapata,

nacido en 1720 o 22, admirador de Peralta, autor de un extenso trabajo sobre la naturaleza —del que conocemos solamente la parte concerniente a los minerales, interrumpida por digresiones históricas o circunstanciales—, y numerosas cartas que ponen de manifiesto sus proyectos y desencantos ante los obstáculos que se acumulaban a su paso. El interés por la ciencia encuentra continuidad en la figura del eminente ariqueño don Hipólito Unanue, cuya figura prócer logra abandonar la época virreynal, transita por el momento de la Emancipación y llega a los primeros años de la República. La vocación de maestro desarrolla y se muestra especialmente fecunda en el chachapoyano don Toribio Rodríguez de Mendoza, el hombre que modeló a la mayoría de los hombres representativos de nuestra emancipación. La jurisprudencia tiene como representante al ilustre limeño don José Baquíjano y Carrillo, cuya sorprendente crítica a la administración española en el Elogio al virrey Jaúregui es sintomática y pertenece al inestable año de 1780. Sus ideas liberales impidieron que fuese Rector de San Marcos, aunque obtuvo altos cargos en la administración española. Cabeza del grupo “peruano-español”, Baquíjano tenía un sentido predominantemente contemplativo por su calidad de intelectual, y como aristócrata le faltó impulso para abandonar una cómoda posición social, quizá porque “no veía los hombres apropiados para gobernar ni las circunstancias propicias para realizar con éxito la transformación”, escribe Jorge Basadre. Y por último, es necesario recordar entre otros al tacneño don Ignacio de Castro, cuyos estudios y vida transcurrieron en las provincias del obispado del Cusco. Al tanto de la actividad colonizadora de otros pueblos europeos, hablaba de las acertadas medi-

das de los franceses que dejaban participación a los naturales en las funciones del gobierno. Sus fecundas ideas sobre la necesaria reforma en los estudios pueden leerse en su "Oración panegírica" a la feliz llegada del ilustrísimo doctor don Agustín de Gorrichátegui, obispo del Cusco. Y sus conceptos sobre la cultura y cabal sentido de la Historia moran en las páginas que componen aquella mentada "Relación de la Fundación de la Real Audiencia del Cuzco en 1788, y de las fiestas con que esta grande y fidelísima Ciudad celebró este honor", cuando era Rector del Colegio de San Bernardo.

La última generación está representada por el limeño don Manuel Lorenzo de Vidaurre y Encalada, nacido en 1773; por el arequipeño don Francisco Javier de Luna Pizarro, nacido en 1780; por su comprovinciano don Mariano José de Arce, nacido en 1781, aquel sacerdote que dijo en 1822 "Convengo en todo menos en la intolerancia religiosa"; por el limeño don José Mariano de la Riva Agüero, nacido en 1783, el aristócrata "que dejó de un lado honores, títulos, fortuna y posición social ante la prédica revolucionaria"; por el huamachuquino don José Faustino Sánchez Carrión, nacido en 1787; y el tacneño don Francisco de Paula González Vigil, nacido en 1792 —entre los principales. Y en esta descripción sucinta, debe recordarse dos peninsulares cuya obra fué una contribución a la llegada de los tiempos nuevos: en Lima, el culto y nobilísimo fray Diego de Cisneros; y en Arequipa, el ilustre obispo don Pedro José Chávez de la Rosa, nacido en Cádiz el año de 1740. Siguiendo a Spranger, hombres (espíritu subjetivo objetivado) y acontecimientos (espíritu objetivo) deberán estudiarse teniendo en cuenta: las zonas culturales objetivas, la sustancia inherente al individuo propiamente dicho,

y finalmente la típica evolutiva de la cultura occidental en relación a su proyectiva americana, y sólo entonces aparecerá la genuina significación histórica del siglo XVIII peruano e hispanoamericano.

Y ¿cuál era la conciencia metafísica de este hombre peruano dieciochesco?. El maestro Dilthey, al estudiar los motivos fundamentales de la conciencia metafísica del europeo, da sugerencias para explorarla. Para Dilthey la Metafísica es la "expresión de la conciencia metafísica en símbolos conceptuales adecuados a la situación de la ciencia de una época determinada". La juventud de los pueblos de la Europa actual estuvo dominada por la metafísica de la Edad Media, donde se reúnen los motivos metafísicos romanos, griegos y orientales. Los pueblos orientales, dominados por el sentimiento, tienen al mundo como "emanación de Dios, como su creación y revelación. La idea fundamental es la del trascendente que se vierte en la revelación". De Grecia, dueña de un pensar plástico, llega la "idea del Cosmos como una conexión intelectualmente estructurada". Y Roma, predominantemente volitiva, ve en el mundo a una "totalidad referida a los fines propuestos por el hombre y la divinidad". San Agustín en "La ciudad de Dios", ha enlazado de manera íntima aquellos motivos. Como esta metafísica medieval "abarca la totalidad de la naturaleza humana, el conjunto nacido de este modo podía dar satisfacción a esa naturaleza mientras perdurara la situación científica de entonces". Según lo precedente, sería necesario estudiar la conciencia metafísica del español y la del hombre autóctono. Lo primero es asequible. Lo se-

gundo, superlativamente difícil. Siguiendo a Weber, este hombre sería dueño de una actitud mágica frente al mundo, modalidad que entraba en crisis a principios del siglo XVI, siendo la lucha entre Wascar y Atawalpa su más preclaro síntoma. Un ensayo de penetración en el mundo objetivo-espiritual del hombre autóctono, lo inicia Luis E. Valcárcel en el primer tomo de su Historia de la Cultura Antigua del Perú. En consecuencia, el conocimiento de la conciencia metafísica del hombre peruano del siglo XVIII es y será por mucho tiempo una tarea fascinante a realizar.

Resta agregar, desde un punto de vista integralista, que el desenvolvimiento histórico del siglo anterior a la Emancipación iba a desembocar irremediabilmente en lo que Spengler denomina "seudomorfosis históricas", es decir, "aquellos casos en que una vieja cultura extraña yace sobre un país con tanta fuerza aún, que la cultura joven, autóctona, no consigue respirar libremente y no sólo no logra construirse formas expresivas puras y peculiares, pero ni siquiera llegar al pleno desenvolvimiento de su conciencia propia. Toda la savia que asciende de las profundidades del alma primigenia va a verterse en las cavidades de la vida ajena. Sentimientos jóvenes cuajan en obras caducas y en vez de erguirse con propia energía morfogenética, crece el odio al lejano poder en proporciones gigantescas". Y, así estamos en la actualidad.

CARLOS VALCARCEL

BIBLIOGRAFIA

- La Historia en el Perú, por José de la Riva Agüero.—Imp. Nacional.—Lima 1910.
- Historia de la cultura antigua del Perú, por Luis E. Valcárcel.—Imp. del Museo Nacional.—Lima 1943.
- Mariano José de Arce, por Raúl Porras Barrenechea.—Sanmarti.—Lima 1927.
- Historia del derecho peruano, por Jorge Basadre.—Edit. Antena.—Lima 1937.
- Apuntes sobre la monarquía en el Perú, por J. Basadre.—Bol. Bib. de la Universidad de San Marcos, vol. III, No. 5.—Lima 1928.
- ¿Se plantearon en el Perú virreinal los grandes problemas culturales?, por José M. Valega.—Rev. Letras, 1er. cuatrimestre, No. 12.—Lima 1939.
- La vida intelectual en la colonia, por Felipe Barreda Laos.—Imp. La Industria.—Lima 1909.
- Apuntes de Historia crítica del Perú (Epoca colonial), por Carlos Wiese.—Lib. e imp. Rosay.—Lima 1909.
- Historia de España, por Modesto Lafuente. T. XV.—Montener y S. Barcelona 1930.
- Historia de España, por Antonio Ballesteros y B. Ts. V-VI.—Salvat.—Barcelona 1929.
- Historia Universal, dirigida por Walter Goetz. T. VII.—Espasa-Calpe.—Madrid 1931.
- La decadencia de occidente, por O. Spengler.—Edt. Nuevo Mundo.—Santiago de Chile 1939.
- Homo ludens, por J. Huizinga.—Fondo de Cultura económica.—México 1943.
- Filosofía de la Ilustración, por E. Cassirer.—Fondo de cultura económica.—México 1944.

Formas de vida, por E. Spranger.—Edt. Revista de occidente.—
Madrid 1935.

Hombre y mundo, por W. Dilthey.—Fondo de cultura económica.
—México 1944.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»